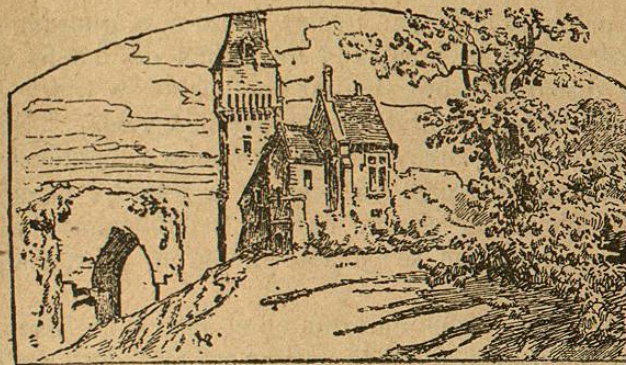
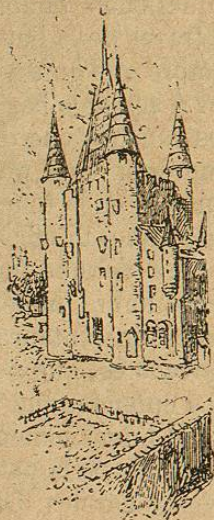


el comandante formó en columna su batallón, colocando exploradores en los flancos.

»Imitaron este movimiento los otros batallones, y todos juntos, por una resolución espontánea, salimos del Campo de Marte dando rienda suelta á nuestra indignación y á nuestro dolor.»



## CAPITULO XXI

### Los Jacobinos abatidos y de nuevo realzados. (Julio del 94)

¿Quién fué el culpable de la matanza?—Impresión que el hecho produjo en las Tullerías—Terror de los Jacobinos, 17 de Julio.—Madama Roland ofrece asilo á Robespierre.—Dudas y errores de los constitucionales.—Paso humillante de los Jacobinos, 18 de Julio—Se quedan dueños del local y de la correspondencia—Los Fuldenses se anulan á sí mismos, 17-23 de Julio.—Reorganización de los Jacobinos bajo la influencia de Robespierre.—Mensajes amenazadores de las ciudades á la Asamblea, fin de Julio.—Esta renuncia á encargarse del gobierno por sus comisarios enviados á las provincias.

Bailly, que desde el puente tuvo que atravesar la mitad del Campo de Marte, no llegó al centro delante de la guardia asalariada, hasta después de la horrorosa ejecución, y dijo: «Que se hallaba vivamente afectado al ver que algunos imprudentes habían hecho fuego.» Un diario, que por cierto le era hostil, atestigua estas palabras.

En la información que aquella noche se hizo en la municipalidad, se dió á los sucesos la misma interpretación: una imprudencia, un desorden sobrevenido, á pesar de las autoridades y sin ninguna señal suya.

Al hospital de Gros-Caillou, fueron llevados doce cadáveres, y se dice que durante la noche fueron arrojados muchos al Sena. Los diarios llegaron á precisar, pero con evidente exageración, la cifra de mil quinientos.

Los doce de quienes se conservan los nombres, señas y trajes, son todos gentes obscuras, pobres gentes de la clase obrera; un muchacho reconocido por su padre al día siguiente; una mujer del pueblo, de 50 á 60 años, pobremente vestida, gruesa y pesada que no pudo correr, etc.

¿Qué parte tuvo cada cuál en aquella desdicha y aquel crimen?—Ni Bailly ni Lafayette dieron la voz de fuego.—Es indudable que se abusó de la orden general dada al partir, de disolver los grupos por la fuerza si había resistencia. Orden que suponía además una señal que no se aguardó.

¿Quién precipitó el fuego? ¿Quién lanzó á la guardia asalariada? ¿Quién la hizo volver la espalda á los glaciés de donde volaban las piedras para disparar sobre el altar inofensivo y sobre la petición *antirrealista*?—El buen sentido basta para responder: los que tenían interés en ello, es decir, *los realistas*, los nobles ó clientes de los nobles que se encontraban allí como oficiales de la guardia nacional ó como voluntarios de afición en aquella caza de republicanos; un caballero de Malta, por ejemplo, que se alaba de ello en los diarios algunos días más tarde.

De los tres cuerpos que entraron en el campo de Marte, sólo uno hizo fuego, el del centro, formado casi en su totalidad por la guardia asalariada.

El de la parte del río ó tiró al aire ó con pólvora sola, no obstante que á él se le hizo fuego de bala, habiéndosele herido á un hombre.

Por la parte de la Escuela Militar, la guardia nacional, lejos de tirar, acogió y protegió á los heridos.

Ya hemos dicho que este último cuerpo era el de Marais y del barrio de San Antonio. Al salir del Campo de Marte se encontró con otros cuerpos de la misma guardia que con unánimes aclamaciones le gratificaron y le bendijeron por su humanidad.

El duelo por aquel triste acontecimiento puede decirse que fué general. Unos lamentaban la sangre vertida, otros el golpe mortal que había recibido la libertad. Un guardia nacional del batallón de San Nicolás (Mr. Provant) se pegó un tiro, dejando escritas estas palabras: «juré morir libre; la libertad se ha perdido, muero.»

Solo un batallón de la guardia asalariada no había tirado: era el que, hallándose cerca de la Escuela militar, estaba tenido á raya por una masa infinitamente más numerosa de guardias nacionales. La prensa revolucionaria se aprovechó de aquella circunstancia para felicitar á la guardia á sueldo, haciéndola creer en su inocencia para retenerla en el buen partido. En realidad, ella sola ó casi sola fué la ejecutora de la matanza. Aquella consideración política á un cuerpo al que se temía dió por resultado descargar toda la odiosidad del suceso sobre la guardia nacional, siendo así que esta, por la parte del puente, había evitado hacer daño al pueblo, y por la de la Escuela Militar, lo había cubierto y salvado.

Si se hubiese hecho una información seria sobre el acontecimiento creo que se habría averiguado que los guardias á sueldo fueron los ejecutores y los realistas los instigadores. Se guardaron bien de hacerlo. ¿Por qué? Porque en aquel momento mismo los constitucionales, aliados de los realistas para realzar la monarquía, habrían querido más bien esconder en las entrañas de la tierra un acto tan torpe y tan funesto á sus intereses.

Con verdad se puede decir que de una y otra parte hubo un acuer-

do culpable para crear sombras y embrollar. Sólo el examen, una escrupulosa comparación de actos y declaraciones, el contraste de los unos por las otras, han podido al fin acribar los hechos, separar las falacias atrevidas de tal ó cual contemporáneo y conducirnos á los resultados más verosímiles, y me atrevo á decir que casi ciertos, que acabamos de exponer.

Veamos ahora cual fué en París el efecto del acontecimiento.

El terrible ruido de las descargas, demasiado bien oído, había oprimido todos los corazones. Todos, de cualquier partido que fuesen, tuvieron un fúebre presentimiento, una especie de estremecimiento como si entreabiéndose el cielo, les hubiese dejado vislumbrar el espectro de las futuras guerras sociales.

Pero sobre todo fué grande el terror en dos lugares; las Tullerías y los Jacobinos. Los primeros golpes dieron de rechazo en el corazón de la reina; ella comprendió que sus imprudentes amigos acababan de abrir una sima sangrienta que no se cerraría jamás.

Y los Jacobinos comprendieron, por su parte, que sobre ellos abandonados, reducidos á número exiguo, iban los Fuldenses, sus rivales, á hacer caer la responsabilidad de todo lo que hubiese podido provocar la terrible ejecución.

Al punto enviaron exploradores. Sus enviados encontraron en los Campos Elíseos primero una mujer desconsolada, después una multitud confusa de pueblo que huía á todo correr. Se les dijo que había muchos muertos, que se había hecho fuego antes de la tercera intimación, etc. Sin pérdida de momento la sociedad, para desarmar á la autoridad, declaró que desautorizaba «los impresos *falsos ó falsificados* que se le habían atribuido, y que juraba de nuevo ser fiel á la Constitución y sumiso á los decretos de la Asamblea.»

Entretanto oíase un gran ruido en la calle de Sain-Honoré; eran los guardias á sueldo que volvían exaltados del Campo de Marte y que al pasar por delante de los Jacobinos pedían que se les diese la orden de derribar la sala á cañonazos. Dentro la alarma es grande. Alguien grita «Atacan la sala.» Gran susto, gran confusión, miedo extremado y ridículo. Uno de los miembros perdió la serenidad hasta el punto de saltar para salvarse á la tribuna de las mujeres. Madama Roland que estaba en ella, le echó en cara su cobardía y le obligó á salir por donde había entrado. Habían sido colocados soldados á las puertas; se cerraron las verjas para impedir la entrada á los que llegaban, pero se dejó salir á los que estaban dentro. Madama Roland salió de los últimos.

La calle estaba llena de gentío, algunos reían y gritaban á los que salían; otros aplaudían. Robespierre fué reconocido y aplaudido por ciertos grupos; honor poco apetecible en semejante día.

Bajaba la calle para dirigirse al barrio de Saint-Honoré y refugiarse sin duda en casa de Petion que vivía allí, cuando al hallarse frente á la Asunción, gritaron algunos nuevamente; ¡Viva Robespierre! Hasta

se asegura que á uno se le ocurrió decir: «¿Si es preciso un rey, por qué no lo es él?»

Era prudente no ir más allá. Por fortuna un carpintero llamado Duplay, que vivía enfrente y estaba á la puerta de su casa, se dirigió



Fué necesario, para contener á aquellos bárbaros, que Lafayette colocase su caballo á la boca de los cañones que iban á disparar. (Pág. 659)

hacia él, le cogió vivamente de la mano y con ruda bondad le obligó á entrar en casa; quien mandaba en ella era madama Duplay, mujer muy viva y enérgica, que le recibió, le acarició y le trató como á un hijo ó como á un hermano, como al mejor de los patriotas, como á un mártir de la liberrad. El marido, la mujer, la familia le rodearon, le aprisionaron y cierran la puerta. Ya no se irá á su casa á aquella hora, en seme-

jante día, al fondo del Marais, en aquel barrio tan desierto, tan retirado y peligroso; sin duda le asesinarían. Es, preciso que cene y que se acueste; ya tiene preparado el lecho. Lo quiere el marido, lo manda



Al hospital de Gros-Caillou fueron llevados doce cadáveres .. (Pág. 661)

la mujer y las señoritas Duplay, sin decir nada, se lo suplican también con sus hermosos ojos. Robespierre, á pesar de su natural reservado, vió que era forzoso aceptar. A la mañana siguiente quiso partir, pero su tiránica patrona no se lo permitió. Concluyó por permanecer con aquella

familia estableciendo su domicilio en casa del carpintero, comprendiendo que con ello había de aumentar su popularidad. Fuese ó no casual aquel acontecimiento, ejerció una notable influencia sobre el más calculador de los hombres.

Mientras cenaba tranquilamente en casa de Duplay, madama Roland le buscaba en la suya. Se había dicho que iba á ser arrestado, y movida por noble impulso salió por la noche con su marido, fué á casa de Robespierre en lo más retirado del Marais, para ofrecerle un asilo. Antes había recibido ya á Robert y á su mujer, más directamente comprometidos. Aunque era cerca de media noche, antes de volver á su casa, en la calle de Guenegaud, los Roland fueron á la de Buzot, que vivía bastante cerca, en el muelle de los Theatinos (muelle de Voltaire), y le rogaron que fuese á los Fuldenses para defender á Robespierre antes de que se redactase el acta de acusación que indudablemente hubiera votado la Asamblea. El ardiente interés de madama Roland pudo excitar algo los celos de Buzot, uno de sus más apasionados admiradores; sin embargo, su generosidad natural no le permitió vacilar: «Le defenderé en la Asamblea, dijo; en los Fuldenses está Gregoire y hablará por él.» No ocultó sin embargo el concepto poco favorable que le merecía Robespierre, diciendo que en el fondo era un ambicioso egoísta. «Piensa demasiado en si mismo para amar la libertad.»

Realmente se engañaban respecto á la audacia de los vencedores. Se les atribuía una premeditación, un plan, un cálculo que no tenían. Aquella misma noche estaban en los Fuldenses y en los salones de la Asamblea consternados por el sangriento golpe que habían dado en provecho de los realistas. Un paso más y resultaba que ellos, los constitucionales, habrían destrozado la Constitución y la Revolución. Dandre, ingenuamente, sencillamente, les aconsejaba que le oyeran: que cerrasen los clubs. Por un momento prevaleció este consejo. Se clavó la puerta de los Franciscanos y se custodió la de los Jacobinos. Pero Duport que había fundado los Jacobinos, que creía haberlos transferido á los Fuldenses, y que contaba dirigir siempre la opinión con aquella poderosa máquina, declaraba que no quería más fuerza que la de la razón y la de la palabra.

Estorbaba la sangre vertida. Para atenuar el efecto se fingió una conspiración romántica, sin la menor verosimilitud, formada por extranjeros. Rotondo, el profesor de idiomas, un banquero judío, Efraim, el orador inocente del Círculo social, madama Palm Aelder y algunos otros. El pueblo de París no podía ser acusado; únicamente los extranjeros habían podido, etc. etc.

Ciertamente se temía dar con la verdad. Era mejor herir á ciegas.

Al siguiente día lunes 18, la Asamblea muy poco numerosa (253 miembros en total) escuchó el informe del alcalde de París. Este informe era un extracto poco fiel del que se había hecho por la noche en el Hotel de Ville. Es probable que los realistas hubieran influido por la

noche cerca del buen hombre; le habían animado, para que se comprometiera, decidiéndole á tomar una parte de la responsabilidad que en verdad no debía recaer sobre él. Aquí ya no se trata de un *desorden* como en el informe primitivo; es una represión justa. El nuevo informe se esfuerza en hacer creer que la matanza ha sido provocada y para ello reúne dos cosas muy separadas y perfectamente distintas, el asesinato de la mañana y la matanza de la tarde; el primero ejecutado á las siete por el populacho del Gros-Caillou; la segunda cometida doce horas después sobre gentes que, en su mayor parte, ignoraban lo que había sucedido por la mañana.

Pero en esta sesión en que el presidente Carlos Lameth felicita á Bailly sin lamentar la sangre derramada; en que Barnave golpeándose el pecho empuña la trompeta de la fama para celebrar la victoria; en aquel momento de triunfo, los vencedores querían ir más adelante; ellos mismos se asustan y retroceden. A la primera palabra que se pronuncia para aprovecharse de la ventaja, dejan traslucir su indecisión. Regnaud de Saint-Jean d'Angely quería que la Asamblea votase tres años de prisión para los que hubieran incitado al asesinato; la prisión y el procesamiento para los que por escrito ó de otro modo hubieran provocado á la desobediencia de las leyes. Petion demostró que si tal se hiciera, se habría concluido con la libertad de imprenta. Regnault transigió y redujo su proposición; pidió y fué votada por la Asamblea la adición de una palabra á lo de *provocado*: «*formalmente provocado*.» Añadida esta sencilla palabra daba medios para eludir la ley, haciéndola ineficaz.

Si la Asamblea quería obtener un resultado serio, era preciso que fuese autorizado por ella el comité de las averiguaciones, y que él mismo practicara la información; pero se abstuvo de ello é hizo que el asunto pasase á los tribunales, que obraron poco, tarde y mal. En primer lugar se guardaron bien de averiguar la parte que habían tomado en el asunto los agentes realistas; solamente procedieron contra dos periodistas, Suleau y Rogou, el amigo del rey, persiguiendo únicamente á los escritores y oradores, no á los actores. Y en cuanto á los republicanos, á los que los jueces no guardaban consideraciones, procedieron sin embargo contra ellos con lentitud y con torpeza. Esperaron hasta el 20 de Julio para ordenar la busca de Freron, al 4 de Agosto para embargar la imprenta de Marat, al 9 para decretar la detención de Danton, Legendre, Santerre, Brune y Momoro.

Los Jacobinos, que no podían prever de ningun modo la vacilación de sus enemigos, se creían perdidos el 18 de Julio. Dieron un paso raro que hubiera podido haberles hecho desmerecer en el concepto público: se tendieron, por decirlo así, á los pies de la Asamblea, arrastrándose ante ella. Robespierre redactó en su nombre una petición notable por su humildad, que fué aprobada por ellos y enviada á su destino. Aquella Asamblea nacional que en 21 de Junio había sido tachada por él como una colección de traidores, es alabada entonces por sus *generosos es-*